

# E. MIRET MAGDA LENA

**A**NTES, cuando se centraba todo en la transformación del individuo, todo quedaba aparentemente claro. Y muchos creyentes vivían en el más ilusorio de los engaños. Bastaba un solo propósito: convencer uno por uno a los hombres de que mejorasen, y así se creía obtener el mejoramiento de la sociedad al final de este largo camino. Todavía más: bastaba cambiar la mentalidad para que el mundo se transformase. Como recordó Simone de Beauvoir: "Se trata de transformar la mentalidad de los oprimidos, y no la situación que les oprime". Ese era el tema de la derecha.

Hoy, ante los pesimismo que nos invaden, la tentación antigua vuelve a surgir de nuevo. Ante la dificultad de cambiar las estructuras e instituciones sociales, tendemos a refugiarnos en la transformación del individuo, y más que en ella, nos apoyamos en el solo cambio de mentalidad mediante el apostolado ejercido sobre los individuos, utilizando incluso los grandes medios de comunicación social como vehículos de este ingenioso camino transformador que nunca llegará a algo que sea verdaderamente social.

Cualquiera que conozca un mínimo de la técnica del cambio social, sabrá que así no se hacen más que ilusos, pero no se transforma la sociedad humana.

El problema es mucho más complejo.

Dos grupos de hombres se oponen a esta postura de la derecha moderada y burguesa que aquí describo, y que —como el infierno— está empedrada de buenas intenciones. La ultraderecha, propugnadora de todos los fascismos y neofascismos, no acepta esta postura; ni tampoco —aunque en el extremo opuesto— la izquierda.

La primera —la ultraderecha— predica eso espiritualmente, pero no confía en esa predicación porque "este mundo es un mundo de pillos y de tontos...; el hombre es un animal maléfico y estúpido...; ésta es la filosofía de los pensadores de la derecha". (S. de Beauvoir, «El pensamiento político de la derecha»). Por eso cae lógicamente esta ultraderecha en la dictadura y el totalitarismo como caminos de solución social, y aborrece la libertad, la igualdad y la democracia para la sociedad que pretende.

En cambio, la izquierda —la izquierda inteligente— sabe que ni los sermones morales sirven de gran cosa en la transformación social, ni los solos cambios de personas resuelven las cosas. Se necesita mucho más: el cambio de las estructuras todas. Y no sólo de las estructuras visibles, y que están a flor de piel, sino sobre todo de las que son menos aparentes y —por tanto— más difíciles de cambiar.

Hemos de conseguir el cambio de la «estructura socio-psicológica», como dice Adam Schaff, del «carácter social», como insiste

Erich Fromm, o de la «costumbre», como desde puntos de vista no siempre aceptables intuyó Ortega.

Ahora que está en pleno auge la ciencia de la organización, sus especialistas más agudos se han dado cuenta que todo grupo humano (se llame partido político, empresa industrial o asociación cultural) tiende con el tiempo a esclerotizarse, a volverse rutinario y sin dinamismo. Y su renovación resulta un problema difícil y costoso. Muchos especialistas en organización de empresas, por ejemplo, creen todavía demasiadas veces que basta dar nuevas normas y organigramas. Pero se olvidan —como descubrió Mac Gregor— de algo muy importante: de la estructura humana de base, de los lazos sociales del grupo, que son más resistentes al cambio todavía que las normas externas.

## EL IMPRESCINDIBLE CAMBIO SOCIAL

Por eso, si ya es difícil conseguir el cambio de las instituciones, todavía lo es más el cambio de las estructuras psico-sociales. Y no van las dos cosas solas, sino estrechamente unidas. Y de su conjunción es de donde tiene que salir el resultado eficaz, la transformación social.

La Iglesia, ignorante de estos fenómenos y con entusiasmo demasiado infantil, ha querido dar consejos sociales a sus hijos, y se ha desprestigiado profundamente por la ineficacia de sus orientaciones de transformación social.

Los Papas, con insistencia digna de mejor empleo, han ido repitiendo desde León XIII para acá la llamada "doctrina social de la Iglesia", sin recordar con suficiente claridad que en ella no se enseñaba la solución de nuestros problemas humanos, de las cuestiones acuciantes que agobiaban socialmente a la mayoría del mundo, aunque pareciese lo contrario.

Era esta mal llamada doctrina social algo sumamente modesto y, por tanto, ineficaz para resolver asunto de tanta envergadura como es la realización del cambio social. Se trataba de una "moral social de circunstancias". Algo muy parecido en el plano de lo social a la "moral de confesores" que se propugnaba para los individuos. Hoy, nadie habla ya de esta moral patológica que usaban los confesores —como la llamó el cardenal Newman en el pasado siglo—, porque su fra-

caso ha sido sonado. Y es porque no podemos desarrollar un organismo partiendo de su patología. Hemos de conocer sus vertientes y estructuras sanas para producir su des-envolvimiento. A la medicina de niños hay que añadir hoy la puericultura; a la medicina mecánica, que todavía padecemos y que está en su "culmen", la debe sustituir la medicina de la persona.

Nadie podrá comprenderlo esto mejor, aplicado a nuestro país, que con la lectura de tres libros dignos de meditación: dos publicados en España y otro fuera de nuestras fronteras. El primero es el «Fracaso social del catolicismo español», del sacerdote Domingo Benavides; el segundo, el titulado «Historia de la democracia cristiana en España», del profesor Javier Tussell, y el tercero, «La otra "Cosa Nostra": la ACNP», de A. Sáez Alba. Meditando sus documentadas páginas —aunque pueda discutirse de algunas— se consigue una renovada meditación del Quijote español unas veces y del Sancho Panza ibérico otras. Y se ve bien a través de estos libros que ni el uno ni el otro nos sirven ya: son personajes de otros tiempos que —además— tampoco resolvieron nada en el suyo.

Y sobre todo nos daremos cuenta, a través de los hechos históricos vivos narrados, de la inoperancia social de los católicos españoles como tales, adoptando una nueva y más inteligente postura.

Nos damos cuenta —trágica cuenta— de que las ideas más o menos bonachonas que estaban en la mente de algunos de estos católicos —que no en la mayoría de ellos— eran ingenuas, y, además, el camino para llevarlas a cabo era equivocado, o, en el mejor de los casos, infantil.

¿Cuándo aprenderán los católicos españoles —junto con los protestantes y seguidores de otras religiones— que es en la ciencia social en donde deben alimentar su mente, y no en las recetas o tácticas de curas, frailes, pastores, gurús, obispos o católicos pre-eminentes? La ciencia social, es una ciencia; y no conjunto de "moralidades" eclesásticas bienintencionadas.

Ya sé que ahora estamos superando estas posturas pasadas, pero me pregunto a veces si será cayendo nuevamente en la ingenuidad de proyectar lo que aprendimos en el catolicismo —aunque dándole nombres más o menos avanzados y progresivos— sobre nuestras nuevas ideas sociales. En una palabra: haciendo una nueva dogmática social científica que se parecería mucho a la enfermedad infantil de que habló Lenin que se producía entre algunos transformadores sociales de su tiempo.

El cambio social es imprescindible, pero lo hemos de aprender de la ciencia social, y no de ingenuas ideas parciales de cambio o de caminos ineficaces e infantiles que entretienen una ilusión, pero no consiguen una realidad. ■